



## “Sacerdote Para Siempre”

La homilía de la Ordenación del Padre Víctor Mena, Iglesia de San Francisco, Bend, 29 de junio 2017.

En nuestra oración diocesana por las vocaciones, Diacono Víctor, hemos pedido al Padre llamar por el impulso del Espíritu Santo ‘sacerdotes que den consuelo a los afligidos, perdón a los pecadores, y paz a los moribundos’.

Hoy, ante nuestros ojos, nuestra oración es contestada. Dentro de unos minutos rogaré a Dios que te conceda “la dignidad del sacerdocio . . . que viene de los Apóstoles”. Mirémonos por un minuto el drama que está por desarrollarse en el Rito de la Ordenación.

Comienza con postración. Mientras el resto de nosotros nos arrodillamos delante de Dios, solo tú te postraras boca abajo ante Él en una postura de entrega completa. Al elevar nuestras voces en Letanía a los santos de arriba, tú te rebajas a tí mismo, indefenso ante cualquier demanda que la Santa Voluntad de Dios pueda hacer sobre tu futuro. Tú gesto de impotencia nos “hablará” a nosotros que lo testificamos: nos dirá que no retienes nada del Dios que te ha dado todo—el mismo Dios en quien confías que te dará mucho más aún.

Entonces, de repente, nuestro canto cesará

mientras tú entras en un momento que recordarás por el resto de tu vida. Te arrodillarás ante mí, un indigno sucesor de los Apóstoles que Jesús hizo sacerdotes en la Última Cena. Pondré mis manos sobre tu cabeza en silencio para que el Espíritu Santo descienda, haciéndote sacerdote para siempre. Luego me hare a un lado para que todos los sacerdotes presentes se adelanten para imponerte las manos también, sobresaltando en ti y en todos nosotros tu aceptación en la Fraternidad de la Fracción del Pan.

Luego tus hermanos sacerdotes te vestirán con ropas sacerdotales. Nadie más que un sacerdote lleva una casulla, y la usa sólo para celebrar la Misa. Así que esta bella vestimenta es un poderoso marcador, Diacono Víctor: cuando te lo pones, la gente te ve de manera diferente. Vestido de esta manera peculiar, sin duda ninguna te identificas con el Gran Sumo Sacerdote Jesucristo, que dio su vida en el Sacrificio de la Cruz.

Pero tu ropa pública hoy nos “habla” aun otra lección más. Nos dice que vas a vivir una vida públicamente reconocible como la vida de un sacerdote de Jesucristo. Por lo tanto, quien te reconoce por quien eres también puede invocarte para lo que tienes que dar—es decir, ese ministerio de gracia que sólo los sacerdotes pueden ofrecer.

En gran medida, el ejercicio de este ministerio será obra de tus manos, Diacono Víctor. Tiempo tras tiempo extenderás tus manos sobre el pan y el vino para invocar

sobre ellos el poder vivificante del Espíritu Santo. Tiempo tras tiempo extenderás tus manos sobre los pecadores para traerles perdón y paz. Tiempo tras tiempo tu mano trazara sobre la frente del moribundo el aceite de los enfermos en forma de Cruz.

Por lo tanto, Diácono Víctor, la Iglesia me ordena ungir tus manos este día con el sagrado crisma del Espíritu Santo, para que verdaderamente tomes el Cuerpo de Jesús en tus manos cada vez que pronuncies aquellas sagradas palabras que traen el Pan Vivo del Cielo para que tú lo entregues a tus hermanos y hermanas en la Comunión.

La Iglesia en la Diócesis de Baker ha orado fervientemente por ti, Diácono Víctor, y con tu ordenación hoy nuestra oración ha tenido respuesta. Pero la respuesta todavía no es completa. Porque estábamos orando no sólo por tu ordenación, sino por tu vocación. Y tu vocación al sacerdocio no termina en la ordenación; será una obra en progreso hasta tu último respiro.

Así que nuestra oración por las vocaciones continuará siendo contestada cada vez que compadesces nuestra debilidad y te muestras comprensivo con los extraviados, cada vez que nos das "confianza para acercarnos a la fuente de la Misericordia y encontrar gracia en tiempo de necesidad".

Sí, seguiremos orando por tu vocación, Diácono Víctor. Porque sabemos que el Señor nunca dejará de llamarte a ser cada vez más el sacerdote que pronto vas a hacerte.